

EN LA MUERTE DE JULIO CARO BAROJA

Este verano ha muerto Julio Caro Baroja a los ochenta y dos años. Nos quedan ya muy pocos historiadores adscrribibles a esta generación (Batllori, Domínguez Ortiz...) —que es también la de Jaume Vicens—, que se formó en los años anteriores a la guerra civil y que salvó los años más negros de la dictadura con una dedicación absoluta al trabajo como principal fórmula distanciadora respecto a la larga travesía por el desierto cultural que les tocó vivir. Una generación de historiadores que constituyen la transición entre la magnifica floración de “hombres del 98”, del *noucentisme* tanto a escala castellana como catalana, y la generación de nacidos en los años treinta que vivió en su juventud lo peor del franquismo y que protagonizará la “liberación” de los años sesenta (con Nadal y Artola como faros más representativos en sus respectivos escenarios). Están desapareciendo los últimos referentes de nuestra memoria histórica anterior a la guerra civil, los últimos testigos de un antes y un después, los más capacitados para deslegitimar tanta mediocridad amparada en la presunta *normalidad* del franquismo. Desde que en 1934 publicaba su primer libro: *Tres estudios etnográficos relativos al País Vasco* con un prólogo de Barandiaran, la obra de Caro Baroja arroja el balance de varias decenas de libros y centenares de artículos cuya sola relación sería abrumadora para el lector. De este inmenso *curriculum* sobresalen varias cualidades que quiero subrayar en este artículo.

En primer lugar, su total *independencia* respecto a servidumbres académicas o modas coyunturales. El antiacademismo de D. Julio —pese a su aparente paradoja de la condición de académico— era militante con un sentido un tanto ácrata respecto a los convencionalismos, mimético respecto al de su tío Pío Baroja. No hay que olvidar que las Academias de la Historia o de la Lengua siguieron directrices respecto a su composición ajenas a las correlaciones de fuerza de la Universidad española, donde los mandarinazgos en el franquismo tuvieron un componente político mucho más beligerante. Aunque está por hacer la historia de las Academias, de sus representantes a lo largo del tiempo, en la línea de lo que han hecho para la Universidad Gonzalo Passamar e Ignacio Peiró, tengo la impresión que sus mecanismos de recluta fueron muy diferentes y desde luego al franquismo le interesó mucho más el control del poder académico en la Universidad que en las Academias, vistas siempre como escaparates de ilustres ilustrados inocuos.

Lo cierto es que la imagen que tenía Caro Baroja de la Universidad española era penosa. En sus conversaciones con Flores Arroyuelo en 1987 denunciaba la “cultura estrecha” de los catedráticos¹ e ironizaba sobre el gremialismo

¹ J. Caro Baroja nunca fue aficionado a exponer las líneas generales de su pensamiento. Los

universitario: "en la universidad es grotesco ver las compañías y amistades de esos profesores que van por los claustros y pasillos con aire sacerdotal seguidos a unos pasos de los llamados discípulos..." y sobre los presuntamente formados en Oxford o Cambridge: "algunos de esos lo que más han aprendido es a partir el pudding con cuchillo".²

Esa libertad de pensamiento que ejerció siempre Caro no sólo se explica en función de su autonomía económica y de su soledad que le liberó de obligaciones familiares más convencionales. Fue, ante todo, una opción moral, la opción de un escéptico que no podía soportar ni los tópicos lugares comunes ni el dogmatismo de cualquier signo:

Hay que reaccionar, como hizo mi tío, y como debemos hacer nosotros porque con gente que está actuando con esa idea, los que parten de la posesión de la verdad así como última, pues no hay que callar, que bastante se calla uno en este país por una razón o por otra. Hay que decir lo que uno ha visto, lo que uno cree, lo que siente... Hay que decir que no, que lo que es una barbaridad pues lo es, aunque venga un señor de estos o de los otros con jeribequés de púlpito. La verdad es que no hay cosa más lamentable que la figura del intelectual español en esta época que dicen de libertad para que al final sólo sirve para aspirar a algún beneficio dado por los políticos...³ El antropólogo social como el historiador o bueno, el hombre en general, sin tener conciencia de ello, admite de modo natural, con certidumbre, una larga serie de afirmaciones por la que las cosas funcionan de determinada manera, de que las cosas son como son. Son creencias que han pasado a la categoría de verdad admitida, de axioma... En el hombre hay como un sentido que le condiciona sin darse cuenta a esa ley que llamamos del mínimo esfuerzo y que actúa con más frecuencia de lo que parece.⁴

Este sentido de la libertad de pensamiento le separó de las modas estructuralistas y economicistas, del sociologismo vulgar y perezoso y le hizo distanciarse de la escalada de los nacionalismos a él, que justamente en aras a su inquietud intelectual universal como principal principio operativo, abrió y roturó múltiples territorios vírgenes con vocación de pionero o de hombre de frontera. Esta sería la segunda constante de su ejercicio como historiador que quiero subrayar. Ahí están como testimonio sus libros sobre la problemática de las identidades nacionales —de lo español a lo vasco— rompiendo con tradiciones racistas y abriendo camino a la antropología cultural; sobre los judeoconversos y moriscos, enterrando la metafísica del debate Castro-Sánchez Albornoz e intentando desentrañar lo que de "contracultura" tuvieron ambos sujetos pacientes de la Inquisición; sobre el mundo rural y urbano, explicando

prólogos de sus obras son extremadamente cortos y sobrios. De ahí, el enorme interés que ofrece *Conversaciones en Izea* con Francisco J. Flores Arroyuelo (Alianza, Madrid, 1991) aunque el dialogo se produjo en 1987.

² *Conversaciones...* pág. 114.

³ *Ibidem*, pág. 112.

⁴ *Ibidem*, pág. 203.

los límites de los conceptos de tradición y modernidad; sobre la criminalidad y la delincuencia, a la busca de la frontera entre la biología y la sociología; sobre la religiosidad y la brujería delimitando los nexos de unión entre la cultura sabia y la cultura popular y rompiendo la lógica mecanicista que hace determinar lo cultural por lo social.

Caro Baroja hizo historia de las mentalidades mucho antes de que aquí nos la descubrieran los franceses, historia social de la Inquisición (la prosopografía inquisitorial hoy tan de moda la propuso Caro en *El señor Inquisidor y otra vidas or oficio* nada menos que en 1968) mucho antes del boom inquisitorial de la década 1976-1985, historia de la configuración de las identidades nacionales mucho antes de que el nacionalismo tuviera poder que repartir e interesada clientelas que satisfacer, historia de la mujer mucho antes del feminismo, y desde luego ha sido el gran antropólogo español mucho antes de que la antropología se enseñara en las aulas españolas.

Es difícil entrar en cualquier ámbito de la historia de la cultura española sin encontrarnos a Caro Julio Baroja como referente. En cualquier caso, nunca se adentró en un tema por imperativo de la moda, concepto que rehuyó siempre como si del diablo se tratara. No se interesó, por ejemplo, por la historia de la sexualidad —tema que ha cultivado M. H. Sánchez Ortega, discípula en la distancia como tantos otros— porque el catecismo freudiano de síndromes y complejos varios circuló profundamente en la España de la progresía de los setenta. No se interesó por el pensamiento político porque, aparte de que estaba cubierta esta área por Maravall su colega de generación, fue alérgico, en el mismo grado, a las concepciones estatalistas como a las antiestatalistas, y despreció el pensamiento político de cualquier signo como pesebrismo del poder, concepto éste para Caro siempre intrínsecamente sospechoso. Repudió el recurso a la estadística y el aparato economicista, tan de moda, en los años setenta, porque su innato escepticismo le impedía ofrecer plena credibilidad a las deducciones “como si tratara de resultados físico-matemáticos que estarán bien para que los políticos puedan manipular bien las cosas a su antojo...” Para él, la presunta exactitud era una peligrosa coartada para el dogmatismo.

La tercera evidencia que querría destacar de Julio Caro es su beligerante reivindicación de la ciencia frente al mercado de la ciencia, su horror a la banalización, la mercantilización de los media y de la clase política, su creencia en la complejidad del conocimiento y su apuesta por el matiz contra cualquier tentación unificadora y simplificadora (el propio título de *Las formas complejas de la vida religiosa*, contrapuesto a la obra de Durkheim es significativo):

La ciencia ha pasado a estar al servicio del dinero y a manos de los políticos que lo único que buscan es dominar y hacer uso de un poder que imaginan que beneficia a la humanidad por el hecho de ser algo que pueden conceder...⁵ La información, por obra y gracia de la ciencia ha pasado a ser una propaganda suministrada según

⁵ *Ibidem*, pág. 43.

determinadas dosis...⁶ En esto ha dominado también la postura del pedagogo que imagina, que debe obrar por reducción para facilitar el acceso a lo que se entiende que es una materia, pero el hombre que busca comprender una realidad en lo que es, en lo que ha sido, sin duda alguna tiene que tratar de saber lo que son todas esas dobleces, en que esa realidad se presenta. Las cosas no son tan simples como se presentan o parecen presentarse o como se quieren presentar. La complejidad está en la realidad misma que se abre ante el hombre que obra en una búsqueda de conocimientos desde un continente engañoso...⁷

Sus radicales diferencias con el nacionalismo vasco de Arzallus venían de lejos, del mismo rechazo que a su tío Pío le provocaba el carácter de aquel nacionalismo "de cosa muy clerical y así como dogmática, de cosa contenida en catecismo un tanto simple y ramplón, y de un beaterismo por las leyes viejas...". Su pesimismo respecto a la situación del País Vasco provenía de las actitudes de los dogmáticos de uno y otro bando. La palabra unificación viniera de donde viniera repugnaba su sensibilidad siempre abierta al plural, a la variedad, a la conjugación de las diferencias⁸:

Este es un país desgraciado. Ahora éstos, y antes los otros, como viene sucediendo desde hace siglos. Y en Madrid, desde hace tiempo, desde los días de Felipe V, sólo se ha encontrado solución de venir y castigar siempre sin hacer distinciones entre los vascos con eso que llaman sentar la mano. Cuánta imbecilidad. Y siempre igual. Y durante las carlistadas no digamos... Hace años, en el Rastro madrileño encontré un archivo de un general isabelino de nombre José Carratalá, en el que se exponen una serie de medidas que se debían seguir en el País Vasco por el ejército de Espartero, que no podía con la guerrilla carlista. Lo que allí se propone es lo de siempre, hacer tabla rasa sin distinción de nada, sencillamente que las provincias vascas deben ser tratadas como país vencido, con represalias de todo tipo sin respeto hacia los padres, los hijos... Se habla de que hay que arrasar los caseríos, fusilar a los rehenes, evitar que lleguen alimentos... Y lo que pasó después de la guerra, pues nada. Todo como si estuviese hecho por idiotas. En vez de situar las cosas en su sitio con respeto y con equidad, pues nada, que todo tiene que ser igual, y para ello, que se hable el mismo idioma porque esa es la ley que deben cumplir los vencidos, y otras medidas así como a sangre y fuego..., y ahora tenemos lo que tenemos y hay quien se extraña, por un lado, una partida de desarmados furibundos, por otro, los que dicen que todo debe ir por la vía de un nacionalismo pequeño que sirva para hacer caldo gordo a unos señores de aspecto respetable, por otro también, reacciones de cobardes que callan y otorgan porque creen que todo eso juega a su favor..., lo que se dice la historia de la criada respondona, y en Madrid, pues nada, dejando que todo se pudra. Y mientras tanto, pues eso, más brutalidad, más cerrilismo, más cobardía... todo yéndose al garete.

En el debate de la dialéctica hombre-medio, Caro, el escéptico Caro siempre

⁶ *Ibidem*, pág. 44.

⁷ *Ibidem*, pág. 203

⁸ *Ibidem*, pág. 148-9.

creyó en el hombre más allá de las circunstancias. Su convicción en el hombre como medida de todas las cosas, la afirmación del *yo en la circunstancia* le llevaba a un relativismo apoyado en la creencia en la libertad del hombre para interpretar su circunstancia, asumir una pluralidad de representaciones de las circunstancias de su entorno.

En el momento de ponernos a comprender lo que es un pueblo, nos encontramos con una realidad que denominamos cultura y que viene a ser la forma variable de actuación del hombre, que a su vez da sentido a los círculos funcionales... La vida del hombre, aunque actúa sobre repeticiones más o menos precisas, la lleva a cabo dentro de modos diferentes y con consecuencias nuevas...⁹

En esa reivindicación del hombre como medida de las cosas, en la aplicación de la duda cartesiana como permanente método científico, en la pugna entre lo que cómo le gustaría que fueran las cosas y lo que son y han sido, entre la temura y la razón, consumió Caro Baroja su vida. Su pesimismo nunca fue producto del desencanto o de la decepción ni del cansancio coyuntural, sino la conciencia de que nunca la vida, la complejidad de la vida humana puede ser plenamente atrapada ni integrada en el discurso intelectual. Caro Baroja se pasó toda la vida escribiendo historia para reconocer al final de la misma, que

la historia ha quedado como un montaje más o menos acertado que sirve para que los optimistas de turno se miren en ella y dictaminen que es la maestra de la vida, como si en ella se encontrase también la solución al laberinto en que está metida la humanidad. Sin embargo solo la vida es maestra de la vida.¹⁰

Ni los mayores vitalistas han hecho un canto a la vida como el de Caro. Pocos historiadores han tenido como él la conciencia de los límites de su propio oficio y el sentido penelopiano de esta profesión. Con él no solo ha muerto un hombre sabio, ha muerto un hombre, ante todo, honesto con la sociedad y con su propia conciencia.

Ricardo García Cárcel

⁹ *Ibidem*, pág. 176.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 45.